

El rastro

Daniela Berlante (IUNA-UBA)

Sobre la novela de Margo Glantz

Con Analía Couceyro y Rafael Delgado

Asistencia de dirección: Ernesto Donegana e Ignacio Bartolone

Producción: Mónica Paixao

Dirección: Alejandro Tantanian

El Rastro es esa clase de espectáculo que pone a prueba la tensión que experimenta la literatura cuando despega del soporte en el que fue concebida, la novela en este caso, y migra hacia el territorio del teatro.

Por obra y gracia de sus hacedores, Alejandro Tantanian en su calidad de director, y Analía Couceyro como actriz protagónica, ambos habituados a este tipo de operatoria (pensemos en él y Dostoyevski y en ella y la gran Clarice Lispector, por ejemplo), la novela de la mexicana Margo Glantz pasa a tener tanto o más estatuto dramático que un texto concebido especialmente para el teatro. Esto viene a reconfirmar que no hay textos “teatrales”, que la teatralidad es un proceso que depende de factores que exceden largamente la condición dramática del texto de partida (cuando lo hay). La teatralidad -me animaría a decir- es una conquista y *El Rastro* lo consigue.

En el precioso marco natural que ofrecía la plaza Spivacow en el Museo del libro y de la lengua, donde se estrenó, entre los sonidos de la ciudad, cuando la luz del día empieza a declinar se impone la presencia de una actriz inmensa que crea el espacio desde un cuerpo afinadísimo y los resonadores de una voz que es pura proyección.

Nora García-el personaje- regresa a su pueblo para asistir al entierro de quien fue su marido y en el marco de la ceremonia del adiós nosotros, espectadores, resultamos ser también partícipes del rito. Tal vez el efecto se desencadena a partir de la mirada tan intensa de la actriz que nunca deja de indagar a los presentes o a la del cellista, Rafael

Delgado, quien desde las cuerdas de su instrumento dialoga con Nora García imprimiendo el tono melodramático que se juega en *El Rastro*. Ahí uno percibe otro rastro, el de Tantanian, director, en su doble condición de músico y hombre de teatro.

Ya cayó la noche y los corazones lastimados de la protagonista y el muerto resuenan al compás de una última curda que emerge doliente, casi como una huella, de las delgadas cuerdas que tejieron el espectáculo.